

Reseña Bibliográfica

Martín Vicente

Anuario Nº 28/ ISSN 1853-8835 / pp.194-199 /2016

<http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>



LIDA, Miranda. **Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo XIX y el XX**; Editorial Siglo XXI; Buenos Aires; 2015; [272 páginas].

Por Martín Vicente
(Universidad Nacional de General Sarmiento – Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas); Argentina
vicentemartin28@gmail.com

Por medio de sus varios libros y artículos que abarcan objetos, etapas y enfoques de gran diversidad, Miranda Lida se ha posicionado en los últimos años como una de las autoras centrales de la historiografía local centrada en el catolicismo. Sus estudios, que han enfocado tanto la historia social como la intelectual y el trabajo biográfico, se han transformado en referencia obligada como parte de la renovación de investigaciones sobre el catolicismo que se inició en el nuevo siglo. Es, por lo tanto, sumamente auspicioso que la autora edite un libro de las características de esta *Historia del catolicismo en la Argentina*, que recoge el bagaje de investigaciones previas, se inserta en nuevos rumbos y traza una lectura de conjunto desde 1870 hasta 1960 (o, podríamos decir, entre dos Concilios), que puede ser aprovechada tanto por el lector especializado como por aquellos ajenos al mundo académico.

Desde las “Premisas” que abren el trabajo, Lida propone una serie de ejes sobre los cuales se asienta su libro: leer la historia del catolicismo local dentro del proceso de modernización en que se construyó la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad, buscando quitar la temática de lo que la historiadora entiende como “endogamia historiográfica”, a la cual propone “exclaustrar”. En efecto, es desde esa base que la obra

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



se abre a la construcción de diversas líneas que comunican las problemáticas del catolicismo con las del resto de la sociedad, en especial atendiendo a ciertos rasgos que el libro enfoca, tales como la masividad, el cosmopolitismo, las industrias culturales o los usos del tiempo libre.

Ya desde el primer capítulo, “En la agonía de la gran aldea”, Lida comienza situando en torno a 1870 el momento en que Buenos Aires comenzará a modernizar su rostro estético y su vida cultural, y en tal fenómeno se insertará el catolicismo local. El I Congreso Vaticano, convocado el año anterior, es analizado desde la clave de la circulación de los prelados argentinos por Europa, clave para comenzar a tejer una trama más cercana a las influencias francesas (tema que recorrerá buena parte de la obra) que hispánicas, otra de las facetas en las que la metrópoli expresaba su cambio. Asimismo, la autora se detiene en las necesidades de construcción de un clero a tono con los rasgos de la *belle époque*. El desarrollo territorial de la Iglesia es otro de los puntos de interés del capítulo, que pone en consideración los límites de este en el marco del Ochenta: expansión de la Iglesia, masificación del catolicismo y su prensa, aparecen en un juego de fricciones con la cultura laicista y positivista del período, así como de coincidencias: por lo tanto, Lida cierra estas primeras páginas analizando tanto conflictos como paralelismos entre el universo católico y el mundo exterior, una de las claves analíticas que recorrerán las demás páginas.

“Clarusuros del novecientos” es el segundo capítulo. Allí la autora expone el tránsito entre la crisis de 1890 y los inicios del siglo XX. La emergencia de la “cuestión social” fue un punto de impacto en el catolicismo de la época, y allí la Iglesia y los católicos (como otros contingentes sociales) organizaron espacios, crearon instituciones o llevaron adelante diversos proyectos de abordaje del problema. Los Círculos Católicos de Obreros (creados en 1892) o la multiplicación de parroquias en las áreas periféricas de la ciudad (que, como bien marca Lida, se relacionaron con su vínculo con la zona céntrica) son ejemplos, para la autora, de esos claroscuros. Por ejemplo, mientras los Círculos se proponían “nacionalizar” al catolicismo, difícil era que pudieran lograrlo y la disparidad entre parroquias apareció como notoria. Cohesionar un catolicismo plural y no demasiado articulado era, advierte la autora, una tarea compleja.

El siguiente apartado es “Nación, democracia, clase”, donde Lida aborda los años que van del Centenario a la Gran Colecta Nacional de 1919. Marcados por la problemática nacional del Centenario, un momento de debates, polémicas y balances, los años de la segunda década del siglo verán el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, un evento que llevó a reinterpretar mucho del legado de las décadas previas. Allí,



las distancias entre la alta cultura del catolicismo y sus manifestaciones populares se hizo evidente, en medio de una democratización que abarcó diversos órdenes de la sociedad y tuvo su expresión más fuerte en la elección nacional de 1916. La democracia y la democratización aparecieron también como un desafío, y Lida da cuenta durante el capítulo de diversos puntos conflictivos en tanto entiende que “las presiones democráticas, tanto en un sentido político como social e incluso cultural, constituyeron el principal desafío que el catolicismo intentaría encauzar en los años que sucedieron a la Ley Sáenz Peña”.

“*Católicos roaring twenties*”, cuarto capítulo, se centra en la cuestión cultural ya desde su título que replica la fraseología sobre la cultura de “la era del jazz” en los Estados Unidos. Aquí Lida advierte sobre el problema de considerar a los años veinte como la antesala de la década siguiente, tan estudiada en torno al catolicismo como eje, lo que le quita especificidad a esa década en muchos de los análisis académicos. Sin negar la romanización que la etapa comprende, la autora busca una mirada más matizada, destacando sus matices y considerándolo “menos homogéneo y monolítico” de lo que se lo ha presentado. Así como la década de 1920 reforzó la autoridad eclesiástica, al mismo tiempo las bases se mostraron complejas de articular: “ultrademocráticos”, catalogó una voz azorada a los sentimientos de la etapa de la posguerra. Las reiteradas prohibiciones hacia los juegos de azar, la vida nocturna u otros modos de entretenimiento, como destaca Lida, marcan al mismo tiempo la habitualidad de esos pasatiempos y su presencia entre los fieles. Asimismo, los paseos a Luján se mostraron dinámicos, los bailes se sucedían, la prensa masiva circulaba. No se trataba, enfatiza la historiadora, ya sólo de las “amenazas” al catolicismo desde el afuera sino de las propias prácticas de los católicos, difíciles de aprehender para la jerarquía en una sociedad de masas en proceso de modernización: moralizar el tiempo de ocio, así, fue un eje del universo católico, lejos ya de una postura de oposición estricta a las industrias culturales o los pasatiempos.

Posteriormente, Lida abre “Un paréntesis sobre *Criterio*”, un quinto capítulo más breve a modo de excursión, para detenerse sobre la más importante de las revistas católicas. Representante de la alta cultura confesional y editada de modo comercial todas las semanas, *Criterio* le sirve a la autora para exponer un caso central del discurso confesional de mayor relevancia intelectual. El capítulo presta especial atención al tema de la crítica artística y literaria, lo que aporta una nueva faceta a las investigaciones sobre una revista mayormente abordada desde la óptica de sus posiciones político-intelectuales. La autora expone, además, el funcionamiento de sus lógicas internas desde el juego de cierta apertura controlada por su director



monseñor Franceschi y los debates de este con Jacques Maritain, un punto clave de la cultura católica de entreguerras, notablemente abordados por José Zanca en diversos trabajos.

“Al compás de las grandes ciudades” es el capítulo sexto. Allí, Lida se interesa por las manifestaciones de la década de 1930. Años sobre los cuales parece muy difícil decir algo nuevo sobre el mundo católico, son analizados aquí en la correlación entre la modernización de la sociedad y el espacio urbano y el momento clave del Congreso Eucarístico Internacional, en 1934: “En unos días, la modernidad urbana de Buenos Aires se hizo congreso religioso”, señala la autora. Lejos de ver en el Congreso un quiebre, Lida enfatiza las continuidades y vínculos de este evento con las pautas que trazaban al catolicismo local (en interrelación con el internacional) desde años previos, y logra una mirada matizada y original de aquella etapa. La historiadora presta especial atención a los vínculos del catolicismo con las industrias culturales: radiofonía, prensa, editoriales, publicidad fueron no sólo espacios que los católicos (y en muchos casos instituciones o personajes de la jerarquía) buscaron ocupar sino que la autora los considera centrales en el éxito del Congreso.

En el séptimo capítulo “De la caridad a la justicia social (o las vísperas del peronismo)”, Lida estudia las reformulaciones de la cuestión social tras la crisis del año '30. El proceso, señala la autora, puede dividirse entre dos etapas: la primera hasta 1936, donde la centralidad de la problemática implicó aún respuestas tradicionales, y la siguiente hasta 1943, donde se aceptó el rol intervencionista del Estado. Expuesto en casos como la consigna “Por la justicia social” que articulaba las manifestaciones por los 50 años de la encíclica *Rerum Novarum* y en el rol basamental de dicha idea en la discursividad peronista.

“Tiempos modernos” es el siguiente capítulo, que aborda cómo el catolicismo argentino fue, en sus amplios espacios, afectado por la renovación de la segunda posguerra. En la última década, diversos trabajos han comenzado a analizar esta problemática, buscando entender procesos de más largo alcance en el catolicismo local que los articulados en torno al Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín. Lida marca que el clivaje producido por el peronismo no alcanza para comprender los cambios que el escenario de posguerra implicó para el catolicismo local, una senda que han comenzado a transitar investigaciones recientes. Lida marca que muchos de ellos fueron subterráneos o imperceptibles, y atiende a las repercusiones de estos y a su lectura de parte de actores como Franceschi. Norteamericanización de los consumos, son algunos de los tópicos que pasan por el análisis de Lida.



El noveno capítulo, “Factor de poder en tiempos de *aggiornamento*” se ocupa de un momento que Lida entiende como de “ambivalencia”: por un lado, la Iglesia se comportó con la fuerza de un actor con poder, corporativo, en un escenario cambiante, pero por otro lado debió abrirse a un laicado en mutación y a una sociedad en fuerte cambio. Ese recorrido que va desde mediados de la década de 1950 hasta las vísperas del Concilio Vaticano II, e incluye por eso el conflicto con el peronismo, las complejas tramas del golpe de Estado de 1955, el enfrentamiento nunca superado entre facciones del universo confesional y las consecuencias de una (otra) nueva modernización. Entre los puntos analizados están las relaciones de la Iglesia con las masas peronistas, la cuestión de las villas miseria, las actividades misioneras, la aparición de una “sensibilidad antiburguesa”, el marcado cambio con respecto a los años treinta. De ahí que Lida escoja un breve “Epílogo sin final” para cerrar el recorrido del trabajo, marcando una serie de puntos centrales: el período que el libro cubre no fue uniforme, sino que puede dividirse (“*grosso modo*”, nos advierte la autora) en dos arcos: desde las últimas décadas del siglo XIX a la década 1930, y desde los años cuarenta hasta el Concilio; el propio Concilio anunciado en 1959 no fue un cambio radical sino que condensó tendencias de más largo alcance; que el catolicismo argentino fue cosmopolita y que esa misma lectura (eje del libro) es la que implica un final abierto si lo pensamos hacia la actualidad.

De lectura amena, el libro se interna en cuestiones problemáticas, construye argumentos originales y explora sitios no siempre suficientemente atendidos, y allí están algunos de sus mayores aportes (así como varias de las líneas que la autora abre y que resultan interesantes para ser recorridas en posibles próximos trabajos), en su dinámico movimiento entre la Iglesia, sus instituciones, el laicado y la más porosa cultura católica. Parroquias, configuración del clero, expresiones artísticas, sensibilidades, debates intelectuales, posiciones políticas... la gran cantidad de tópicos que la autora atraviesa, junto con su estilo ameno, son sin embargo por momentos un arma de doble filo: el lector académico podrá extrañarse con cierta terminología (“gente”, “cultura” en sentido restrictivo), así como por la ausencia de una inserción de determinados problemas en una óptica más propia del debate historiográfico, que la historiadora aquí prefiere abordar tangencial o indirectamente (abordados en sus artículos científicos, a los que remite el libro en sus notas a pie de página, pero que deja al lector no especializado sin el debate directo). Más allá de estos apuntes, como toda obra que abarque un período amplio y se enfoque en diversas temáticas (por más que aparezcan entrelazadas), esta corre el riesgo de ser señalada en sus ausencias o preferencias: un riesgo inevitable para trabajos de este tipo, por lo que es auspicioso que la obra se arriesgue a transitar dicho camino.



Historia del catolicismo en la Argentina es, por lo tanto, una obra que hace un verdadero aporte a reposicionar problemáticas y construir una lectura amplia, multifocal y matizada de un tópico tan transitado como (por momentos) rodeado de convenciones que trabajos como este, justamente, ayudan a complejizar y dinamizar: la historiografía sobre el catolicismo local ha ingresado en una nueva etapa, y dentro de ella es que debemos colocar al nuevo libro de Lida.

